

De bárbaros, o de los únicos bárbaros que existen en El corazón en las tinieblas

On barbarians, or on the only barbarians that exist in The Heart of Darkness

Leandro Martínez Mora

@ nelson.martinez@caroycuervo.gov.co

0009-0006-7770-9933

Cómo citar: Martínez Mora, L. (2024) De bárbaros, o de los únicos bárbaros que existen en El corazón en las tinieblas *Ignis* (18), 80-86



Recibido: 16-09-2024 / Aceptado: 22-05-2024 / Publicado: 05-11-2024

Resumen

El ensayo analiza el concepto de “barbarie” y su uso arbitrario, principalmente por los europeos, como herramienta de dominación y deshumanización. Históricamente, los griegos usaron el término para referirse a extranjeros y adversarios ideológicos, clasificándolos como inferiores y aptos para la servidumbre. El ensayo sostiene que la civilización es una construcción frágil que oculta tendencias bárbaras. Conceptos como la cultura, la religión y la democracia, a menudo celebrados como pilares de la civilización, son criticados como formas de *barbarie* cuando se imponen mediante violencia, dominación y deshumanización. Conrad se presenta como un exorcista del término “*barbarie*,” al revelar sus contradicciones y mostrar que los europeos, lejos de ser civilizadores, son los arquitectos de la *barbarie*.

Palabras clave: Barbarie, bárbaro, europeo, arbitrariedad, Conrad.

Abstract

The essay analyzes the concept of “barbarism” and its arbitrary use, primarily by Europeans, as a tool of domination and dehumanization. Historically, the Greeks used the term to label foreigners and ideological adversaries, framing them as inferior and naturally fit for servitude. This categorization served as a mechanism of power to justify oppression and cultural erasure. The essay argues that civilization itself is a fragile construct that conceals barbaric tendencies. Concepts like culture, religion, and democracy, often celebrated as pillars of civilization, are critiqued as forms of barbarism when imposed through violence, domination, and dehumanization. Conrad is portrayed as an exorcist of the term “barbarism,” revealing its inherent contradictions and showing that Europeans, far from being the civilizers, are themselves the architects of barbarity.

Keywords: Barbarism, barbarian, European, arbitrariness, Conrad.

Bárbaros

Usada por los griegos para referirse a los extranjeros –a todo aquel no heleno y a ciertos grupos sociales de la antigua Grecia con los que existían disputas ideológicas, de sangre y filosóficas–, es claro que, a pesar de los matices con los cuales esta civilización miraba e interactuaba con los demás pueblos de su época, la expresión bárbaro confería una mirada y clasificación peyorativa, que con particular atención a su relación con los persas apuntó para que los consideraran “[...] de una extrañeza tal, que su *barbarie* los convertía por *naturaleza* en seres capacitados solamente para la esclavitud” (Lepe 2012, p. 65). Sucedió en igual proporción durante la época del imperio romano en el que todos quienes desconocían el latín como lengua del imperio y quienes estaban fuera de los límites de roma eran *bárbaros* “[...]por habitar los perímetros de su habla cotidiana, por estar fuera del orden legal romano” (Lepe, 2012, p. 67). Fueron también *bárbaros* todos quienes no aceptaron la fe cristiana que, como apunta Lepe (2012, pp. 67-68), eran considerados inferiores y, a partir de figuras como San Agustín de Hipona, veían *bárbaros* en los visigodos y, con el tiempo, en todos los pueblos que no practicaban el cristianismo, primero los germanos, por ejemplo, y después los árabes.

En ese sentido, la denominada *barbarie* parece responder a un evidente ejercicio de poder esgrimido por una o varias hegemonías –estructuras sociales que pueden establecer límites geográficos, políticos y/o simbólicos– para imponer una condición de inferioridad o, por lo menos, de servidumbre en aquellas sociedades o grupos étnicos dominados por dicha hegemonía que impone su relato. Ya lo dijo Fanon en *Piel negra, máscaras blancas*: “yo empiezo a sufrir por no ser blanco en la medida en la que el hombre blanco me impone una discriminación, hace de mí un colonizado, me arrebata todo valor, toda originalidad, me dice que yo parasito el mundo” (2009, p. 102).

¿Es, pues, la *barbarie* una categoría toda vez arbitraria y, principalmente, conveniente en la que el civilizador inventa a su incivilizado? La respuesta es afirmativa, aunque figuras como Aristóteles (384 a.C. – 322 a.C.) vieran en la esclavitud algo que existe por *naturaleza* o, simplemente, digan que la *barbarie* está bien dictada cuando no se vive en la *polis*. De esta manera, es evidente que aquello que concebimos como *barbarie* es apenas la construcción del otro y su correspondiente diferencia en la que se justificará su educación ideológica y despojo cultural. Dicho alguna vez por Edward Said “[...] la geografía imaginaria que distingue entre nuestro territorio y el territorio de los “*bárbaros*” no requiere que los *bárbaros* reconozcan esta distinción” (1990, p. 80).

¿Resultaría entonces necesaria una corrección política y filosófica respecto al uso de este término? La respuesta es afirmativa nuevamente, pero, ¿es esta categoría un fenómeno exclusivo y su uso solo puede hacerse para referirse a los pueblos del África negra, la Indochina o las selvas profundas de América latina? ¿Escapa el europeo –como creador de la categoría- a las connotaciones de obra y aplicación que tiene lo que ha denominado *barbarie*? ¿Es el *otro* –ese otro no europeo– el único bárbaro?

Aquí la respuesta es no, y es justamente un europeo –un hombre que supo convivir tanto en la Europa oriental como en la occidental– quien tendrá la capacidad de demostrarnos que la *barbarie* no solo es un tema de invención blanca sino, en verdad, una práctica enteramente suya: una práctica hecha y llevada a cabo solamente por los europeos.

La barbarie en *El corazón en las tinieblas*: una categoría de uso exclusivo europeo.

Józef Teodor Konrad que escribía con el nombre Joseph Conrad, nació en 1857 en una Polonia repartida por ese entonces entre el Imperio Ruso, Prusia y Austria. Allí, entre los 8 y 12 años, perdió a sus padres quedo bajo la tutela de su tío Tadeusz Bobrowski, quien lo puso en manos de un maestro que, sobre todo, cultivó su gusto por la geografía y las lenguas, lo que marcaría su vida para siempre: “[...] recorrer los mares y ver por sí mismo las otras formas del mundo” (Paredes 2008, p. 7). Hecho finalmente marinero en Marsella, Conrad recorrió el archipiélago malayo, América latina, pasó por la India, estuvo en África y, en palabras de Mario Vargas Llosa (2021) incluso se dedicó a “contrabandear armas para el ejército carlista en España”. Hombre

en todo crédito temerario y experimentado, escribió en inglés (y se convirtió en uno de los prosistas en esa lengua más importantes de su historia) *El corazón de las tinieblas* basado en su recuerdo de un viaje de pocos meses al Congo que, en esos años, era una colonia belga y vivía el apogeo del caucho, el marfil y demás productos de alta demanda en el mundo. De esta forma, esta novela (un cuento alargado para figuras como Borges) es una verdadera bitácora o cartografía de la codicia y el abuso con el que capataces, conquistadores, explotadores y empresarios europeos trataron a los indígenas aborígenes de dicho lugar.

¿Ser bárbaro es exclusivo para africanos o asiáticos? ¿nunca blancos? ¿jamás europeos?

Esto es lo primero que ve Marlow –narrador de *El corazón en las tinieblas*- cuando llega al Congo:

Unas figuras negras se agazapaban en cuchillas, yacían o se sentaban bajo los árboles, recostadas contra los troncos, aferradas a la tierra, parcialmente visibles, parcialmente ocultas en la luz mortecina, en todas las actitudes de dolor, abandono y desesperación posibles... El trabajo proseguía. ¡El trabajo! Y ese era el lugar a donde algunos de los ayudantes se habían retirado para morir (Conrad, 2008, p. 45).

Con una desazón palpable e inevitable, todo lector vive en *El corazón en las tinieblas* el informe que Marlow ofrece de cada cosa que vio y que, por supuesto, no es nunca el relato de un viaje de aventuras sino, realmente, de un viaje a uno de los lugares más oscuros del alma humana: el corazón de las tinieblas. “El trabajo proseguía. ¡El trabajo!” (Conrad, 2008, p. 45), es una sentencia que muestra la despreciable continuación del trabajo mientras se desploman y mueren los mismos trabajadores, mientras sus cuerpos se apagan por el cansancio y no importan sino la productividad y las labores, jamás la vida de los negros.

¿Cómo no decir que *El corazón en las tinieblas* nos permite evidenciar “cómo el ser humano puede retroceder a las formas más extremas de la degradación moral” (Vargas, 2021) y entender, como pretende este ensayo, que la *barbarie* es una característica imperante –quizá única– en el pensamiento europeo?

Por todas partes había cuerpos dispersos en todas las posiciones imaginables de un colapso contorsionado, como en algún cuadro que representa una masacre o una peste. Mientras yo miraba horrorizado, una de aquellas criaturas se incorporó de manos y rodillas y se encaminó en cuatro patas hacia el río a beber. Bebió, lamiendo el agua de su mano, y después se sentó bajo el sol, cruzando las piernas hacia el frente, y al cabo de un rato dejó caer su cabeza lanuda sobre el esternón (Conrad, 2008, p. 47).

¿Dónde, en la novela de Conrad, está la Europa de la imagen plena de la cultura, el humanismo y de la filantropía? “El negro que conoce la metrópoli es un semidiós”, nos dice Fanon (2009, p. 50) bien que, dicho negro, que ha vivido en Francia y regresa lo hace totalmente transformado (Fanon, 2009). No obstante, es imperativo preguntar: ¿transformado en qué? Si dicha transformación representa el abandono y la indiferencia por el sufrimiento, si cambiar es la obligación de naturalizar el dolor del otro definitivamente, es la civilización la peor forma de barbarie posible. Ya lo dijo Mario Vargas Llosa (2021) tras su lectura del *Corazón de las tinieblas*: “la civilización es una delgada película que puede resquebrajarse en cualquier momento y mostrar intacta toda la barbarie que se creía desarraigada del corazón humano gracias a la cultura, la religión y la democracia”. En ese sentido, al escritor peruano cabría hacerle una corrección de estilo: la civilización no solo es una delgada línea propensa a resquebrajarse, sino que son la cultura, la religión y la democracia formas mismas de barbarie en tanto que su instauración reclama sangre, destrucción, olvido, abandono y muerte. Insisto: será la civilización otra forma de barbarie o, mejor, es el europeo el mayor y seguramente único bárbaro que existe.

Europa es la imagen por naturaleza de lo cultural, bien que como lo expuso Democrater Alter (como es citado en Morán, 2002, p. 136) los llamados indios: “no sólo carecen de cultura, sino que ni siquiera usan o conocen las letras ni conservan monumentos de su historia... carecen de leyes escritas y tienen instituciones y costumbres bárbaras.” Sin embargo, ¿conocer de letras o conservar monumentos de la historia nos permite

mirar al otro –el europeo mirando a todos como otros– por encima del hombro? ¿En el ejercicio de dejar huellas con esculturas o erigir figuras se puede determinar la superioridad de un pueblo sobre otro? Esto nos muestra Conrad:

Volví a examinar con cuidado la primera cabeza que había visto. Y allí estaba, negra, seca, consumida, con los párpados cerrados... una cabeza que parecía dormitar en la punta de aquel poste y que, con los labios contraídos y secos, mostraba una estrecha hilera de dientes blancos, y sonreía también, sonreía todo el tiempo como presa de alguna interminable y jocosa alucinación de ese sueño eterno (2008, p. 144).

Es un hecho que los europeos nos son los únicos que se han servido de monumentos o esculturas para preservar su historia (pensemos en los monolíticos humanoides de la Isla de Pascua o los trabajos de la cultura San Agustín), empero, partiendo de la premisa de que son ellos, los europeos, los únicamente *no barbaros* por ser capaces de narrar su historia a través de símbolos, ¿qué podemos entender –como símbolo– de la cerca de estacas en las que Kurtz ha clavado las cabezas de sus enemigos? Los dientes blancos en el principio de una sonrisa son, en efecto, la muestra de que Kurtz “no tenía inhibición alguna en cuanto a la gratificación de sus diversos apetitos, que había algún tipo de deficiencia en él: algún pequeño asunto que... no se podía encontrar debajo de su magnífica elocuencia” (Conrad, 2008, p. 144). Esto es, por supuesto, la barbarie; conclusión que no cimentaré en mi propio juicio de valor sino en las descripciones mismas de Democrater (como es citado en Morán 2002, p. 136) que supo perfectamente describir lo que era un bárbaro para que el mundo no tuviera duda alguna: “hombres entregados a toda clase de pasiones y nefandas liviandades y no pocos dados a alimentarse de carne humana”. No nos consta si Kurtz comió o no carne humana, pero, sin duda, no hace falta el canibalismo para apuntar que el hecho de servirse de cabezas humanas, cortarlas y clavarlas con sus ojos, sus labios y hasta sus sonrisas intactas es una prueba fehaciente de las pasiones y liviandades de un carácter a toda luz enfermo, de un corazón bárbaro, como ya lo explicó Democrater. En ese sentido y muy al pesar de las conclusiones de Marlow que asegura que esta práctica de Kurtz se debe al hecho de que la selva ha logrado poseerlo y sus actos no obedecen más que a una venganza terrible de él por dicha invasión (Conrad, 2008, p. 145), es esta la pulsión natural de la que habla Césaire (2007, pp. 14-15) en su *Discurso sobre el colonialismo* respecto a la complicidad del europeo con el nazismo toda vez que éste ha sido cultivado por ellos y solía brotarles, penetrarles, gotearles y engullirles en sus aguas de civilización occidental y cristiana. Sí, Hitler habita en el europeo per se y el que Hitler en particular haya cometido atrocidades solo es un azar porque, al final, cualquier europeo pudo haberlo sido. Desde Voltaire y sus justificaciones a la esclavitud o cualquier otro pensador encumbrado y ansioso por justificar con frenología que todos los afrodescendientes son seres con disposiciones naturales a la servidumbre. “Al final del capitalismo, deseoso de perpetuarse, está Hitler. Al final del humanismo formal y de la renuncia filosófica, está Hitler” (Césaire, 2007, p. 16), al final del viaje de Marlow (se haya comido o no a los nativos africanos) está Hitler y esas cabezas con las que ha decidido Kurtz adornar el patio de su casa son pruebas de eso: es otro Hitler asesino y, por supuesto, barbárico. Y aunque los llamados salvajes se pudieran comer a todos los blancos dado que los superaban en número, éstos nunca lo hicieron, al fin que para Marlow esto no tiene sentido entendiendo, claro, que el bárbaro es él, entendiendo que ante una ventaja mínima él no dudaría en aprovecharla: “La razón por la que no nos atacaban en nombre de todos los lacerantes demonios del hambre –eran treinta contra cinco–... es algo que ahora que lo pienso me sorprende enormemente” (Conrad, 2008, p. 112). Así, es el hombre blanco quien inventa la barbarie, es el hombre blanco quien pone fronteras y diferencias entre uno y otro y, ante un encuentro de culturas, es natural que sea él quien diga que el otro es una bestia y que vive en una pocilga, aunque, como nos muestra Marlow sea él y solo él (el hombre blanco) quien esté pensando en agredir al otro, en tomar ventaja cuando se presente el caso (Conrad, 2008, p. 112). Por eso, y que no quede duda en ello, si un grupo de *bárbaros* fuese liberado en alguna calle europea, su único deseo sería recorrerla en descubrimiento –en asimilación y no destrucción– mientras que los europeos, liberados en el África, no tienen otro remedio más que responder a su orden natural en el mundo: destruir, colonizar y actuar como bárbaros:

No eran colonos; su administración era apenas un pretexto y nada más [...] Se apoderaban de lo que podían, por el simple hecho de tomarlo. Se trataba simple y llanamente de despojo violento, asesinato agravado en gran escala, y los hombres hacían eso ciegamente, como suele sucederles a quienes se debaten en la oscuridad (Conrad, 2008, p. 21).

Oscuridad o –mejor dicho- barbarie ya que el corazón en las tinieblas es el corazón de la barbarie, es descubrir la barbarie en el interior de su corazón: Kurtz “Al quedarse solo en la selva, se había mirado en lo más profundo de sí mismo” (Conrad, 2008, p. 165).

¿Es Conrad, pues, un *exorcista* de la barbarie? En mejores términos: ¿Conrad nos permite ver que detrás de la palabra *barbarie* habitan millones de fantasmas?

La respuesta vuelve a ser sí, bien que, como permite entender Agamben en su libro *Estancias la palabra y el fantasma en la cultura occidental* recordando el pasaje de Aristóteles en *De anima*, todo sentido simbólico y/o palabra tiene detrás suyo un componente *fantasmático*, es decir, “que no todo sonido emitido por un animal es voz, sino solo el que va acompañado de un fantasma... porque la voz es un sonido significativo” (ca. 350 a.C., p. 138). De esta forma y gracias al *Corazón en las tinieblas*, puede decirse que Conrad es un exorcista entendiendo su forma de hacer que la palabra barbarie se retuerza y exponga su deformado rostro lleno de demoniacas arbitrariedades, haciendo que la barbarie deje ver los fantasmas que la cimientan y la determinan:

Además de eso, se les daba todas las semanas tres pedazos de alambre de cobre [...] No había aldeas, o si las había sus habitantes eran hostiles, o el gerente que, a semejanza de todos nosotros, se alimentaba con comida enlatada y, de vez en cuando, con un viejo carnero, se negaba a detener el vapor por alguna razón más o menos recóndita. De modo que, a menos que se tragan el tal alambre o lo utilizaran para hacer anzuelos con la esperanza de atrapar algún pez, no veo qué beneficio les podía reportar aquel extravagante salario (Conrad, 2008, pp. 104-05).

¿Pagar con cobre, en medio de la selva, a personas que se están muriendo de hambre? Queda claro quién es el bárbaro. De vuelta en uno de nuestros puntos de partida: *la barbarie* o la acusación de *bárbaro* para todo aquel que no vive en la *polis* (Aristóteles 263-70), toda vez que son los conquistadores europeos de *El corazón en las tinieblas* quienes, en ese momento, son los únicos bárbaros porque no entienden –o no quieren entender– dónde están, porque están fuera *la polis* de ríos inexpugnables y árboles tupidos que, nunca en ningún momento, podrá alimentar a nadie con piezas de cobre... Conrad el exorcista, insisto, una persona de palabras e imágenes que sacan de la *barbarie* su verdadero rostro: algo hecho a horma del europeo que, sin embargo, nunca ha sido usado más que en su beneficio y, jamás, en su contra. Es Conrad un exorcista porque su forma de contar, como dijo Nietzsche, dirige al aguijón contra sí mismo encontrando, así, nuevas formas de moverse y comunicar (2006). ¿Qué comunica? Comunica la historia de las historias o, en palabras de Rella (2010), la historia como una discontinuidad dado que “pasar de la historia a las historias, de la narración histórica a las narraciones, significa de hecho entrar en el mundo de los posibles abandonando tanto el terreno de los hechos como el terreno de las hipótesis”. Ergo, Conrad pasa por encima de la historia tradicional de la barbarie contada como una condición natural y exclusiva de los no-europeos y entra en el mundo de los posibles: el conquistador genocida, el conquistador que secciona cabezas para protegerse, el conquistador que no entiende, de ninguna manera, en donde está cuando pisa la selva y es, así, el mayor o único bárbaro que existe. Conrad hace que el aguijón se ataque a sí mismo, recalco. Conrad hace que la historia nos parezca hueca en comparación con lo que la literatura puede decimos de la barbarie, remarco. Conrad hace que *El corazón en las tinieblas* sea un libro de terror no por los hechos que narra sino, en realidad, por todos los fantasmas que saca a la luz con sus palabras. “Lo comunicable de una entidad espiritual no es lo que más claramente se *manifiesta* en lenguaje”, dirá Walter Benjamin, “sino que lo comunicable es, inmediatamente, el lenguaje mismo” (2001, p. 61). En efecto, cada palabra de Conrad se comunica a sí misma y lo que hace es un *médium* de comunicación: “¡El horror! ¡El horror!” (Conrad, 2008, p. 172) grita Kurtz, pero estas palabras no son solo la expresión de un alma que se dirige a la muerte sino, en verdad, el lenguaje

mismo de un fenómeno profundo y cargado de símbolos (de fantasmas): vivir *la barbarie* en carne propia, ser esa misma *barbarie*, aunque, históricamente, se haya dicho que un europeo –jamás– es un bárbaro.

Una breve conclusión

Hablar del fenómeno de la comunicación como un hecho social puede resultarnos un cliché: algo ya dicho y totalmente aceptado. Sin embargo, ¿cuántos de los términos y categorías que usamos en nuestra cotidianeidad están sujetos a una evaluación etimológica constante o, por lo menos, a una revisión histórica de lo que significan y de porqué los usamos como los usamos? En resumen, de ahora en adelante, considero necesario no solo resignificar el concepto y valor de la palabra *bárbaro* y el sentido de *la barbarie* misma como imaginario y hasta categoría social que ha cimentado y justificado el despojo y desaparición de culturas enteras, toda vez que los estudios culturales y el arte mismo con autores como Joseph Conrad (en este ensayo puntual) nos resultan grandes facilitadores de esta necesidad insoslayable: bárbaro no es aquel que está fuera de la ciudad, no es aquel que no profesa el cristianismo, bárbaro es aquel que destruye, bárbaro es ese que ignora, bárbaro es aquel que realmente actúa como un Hitler. No obstante, hasta que dicha corrección social y lingüística alcance un nivel de aceptación que la convierta en máxima universal habrá de pasar un tiempo considerable y, como sucede con fenómenos como el racismo o el antisemitismo, muchos seguirán juzgando el mundo que los rodea con esta categoría arbitraria y, por demás, dañina. De esta manera, nos guste o no, la categoría de *barbarie* seguirá habitando espacios como la política, la religión, la academia, la cultura y, por supuesto, el arte bien que Europa es entendida como la representación de la cultura y la civilización por antonomasia.

Referencias

- Agamben, G. (2006) *Estancias la palabra y el fantasma en la cultura occidental*. T. G. Ripoll, S.A.
- Aristóteles. (1952) *Aristóteles (Obras filosóficas, tomo III)*. Ediciones Jackson. (Obra original publicada ca. 350 a.C.)
- Benjamin, W. (2001) *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Taurus S.A.
- Césaire, A. (2007) *Discurso sobre el colonialismo*. Akal.
- Conrad, J. (2008) *El corazón en las tinieblas*. Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Fanon, F. (2009) *Piel negra, máscaras blancas*. Akal S.A.
- Lepe, P. (2012) *Civilización y barbarie. La instauración de la “diferencia colonial” durante los debates del siglo XVI y su encubrimiento como “diferencia cultural”*. En Andamios, Revista de investigación social (UNAM) Vol. 9, N°. 20, septiembre-diciembre, 63-88.
- Martí, J. (2005) *Nuestra América*. Biblioteca Ayacucho.
- Morán, L. (2002) *Visión del indio en la obra de Juan Ginés de Sepúlveda*. *Revista de Filosofía (Universidad de Zulia)*, 19, (42) 127-42.
- Nietzsche F. (2006) *Segunda consideración intempestiva*. Libros del Zorzal.
- Paredes, J. (2008) *El corazón en las tinieblas*. Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- Rella, F. (2010) *Desde el exilio: la creación artística como testimonio*. La Cebra.
- Said, E. (1990) *Orientalismo*. Alquibla Ensayo.
- Vargas, M. (2021) *Mi novela favorita: El corazón en las tinieblas*. Youtube en Audiolibros del mundo, 14 de noviembre de 2021, <https://www.youtube.com/watch?v=cxZ8Koaby9k>